



## **Eucaristía de Ntra. Sra. del Carmen, en la Casa Madre de las Carmelitas de Orihuela**

**16 de julio 2018**

En el corazón de nuestra querida ciudad de Orihuela, nos reunimos, junto a las carmelitas de la Casa Madre, para celebrar a la Virgen en esta fiesta entrañable.

Nombrar a la Virgen del Carmen y las diversas familias carmelitanas significa marcharse muy lejos en la memoria, a un lugar y tiempos lejanos, marchar a la tierra de Jesús en los años de las Cruzadas, cuando un caballero cruzado decide retirarse al Monte Carmelo, monte especialmente presente ya en el Antiguo Testamento, sobre todo en relación con la figura del profeta Elías. Y allá, en el Carmelo, no sólo se retira aquel caballero, sino que otros se le van a unir y a iniciar una vida de oración, de contemplación, de unión con el Señor, en un estilo eremítico de existencia, separados en lugares distintos del Monte Carmelo, pero unidos por la centralidad de una pequeña iglesia que muy pronto levantan dedicada a la Virgen, a Santa María.

Aquello que nace en Palestina, en el Carmelo, en el lejano 1156, pronto tendrá resonancias en la vida de la Iglesia; iniciándose, con la expansión de la familia carmelitana en la Europa del siglo XIII, la difusión de una nueva y profunda espiritualidad, marcada profundamente por la devoción a la Virgen y que ha llegado muy viva hasta nuestros tiempos.

En este marco histórico, pensando en los orígenes y en la larga trayectoria de la familia que recibe el nombre de la Virgen del Carmen, y ésta a su vez del Monte Carmelo, como vuestra Congregación queridas hermanas, la Palabra de Dios en esta celebración nos ha traído profunda resonancias.

Así la primera lectura nos hacía pensar en el gran profeta vinculado al Carmelo, el profeta Elías: símbolo imperecedero de la pureza de la fe de Israel, en momentos en los que reyes, falsos profetas y gentes letradas e iletradas se están desviando de la auténtica fe que Israel ha recibido de las manos de Dios.

San Pablo, en la segunda lectura, nos ha recordado algo que debemos tener siempre bien presente: que somos hijos de Dios y si somos hijos, también herederos. Vivir como hijos de Dios es la gran vocación, la gran llamada, que sube a nuestra vida desde el Bautismo. La vocación a la santidad, que tan magníficamente los ha recordado el Papa Francisco en su reciente Exhortación Apostólica, “Gaudete et Exultate”, y que os animo encarecidamente a leer, o a releer, pidiendo hacer vida nuestra su mensaje.

Pero sobre todo es el Evangelio que acabamos de escuchar, donde con muy pocas palabras se nos dicen muchas cosas. Tres son las figuras en el texto de Juan. Jesús, que está en la cruz muriendo, dando su vida, y no conforme con entregar su propio ser por nuestra salvación, nos da lo único que le queda: su Madre, María. Jesús, en el extremo máximo de su entrega y generosidad, nos regala a María, y, además, como Madre.

Por otra parte, la figura de María, al pie de la cruz, significa, además de mucho amor, una fidelidad hasta el final. Todos han dejado a Jesús. De los apóstoles, sólo Juan ha quedado. De toda la humanidad, sobre todo queda María, su Madre. La mejor humanidad junto a Jesús en la cruz. María, fidelidad y amor a su Hijo, en el dolor y sufrimiento. María, fiel al pie de la cruz, se convierte por boca de su Hijo Jesús, además, en regalo, en don, en madre para nosotros. En palabras del Papa Francisco, “desde ese momento Ella se convierte en nuestra Madre, la que cuida de nosotros... nos defiende, nos enseña, nos acompaña...” (15 de septiembre de 2016).

Y está Juan, que está allí, fiel, el único apóstol junto a la cruz. De quien llaman la atención las palabras breves, claras, exacta, que deja escritas: “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”. Destaca la prontitud, Juan enseguida acoge a María, “como algo propio”, y la lleva a su casa, a su vida.

En nuestros tiempos, hace falta la capacidad de entrega al límite de Jesús; hace falta la fidelidad hasta el final, en la cruz, que tiene María; y la acogida pronta de Juan hacia este regalo en que Jesús ha convertido a su Madre.

Queridos hermanos, hoy, además de venir junto a María, quien a su vez nos lleva a Jesús, a quien encontraremos plenamente, realmente, en la

Eucaristía dentro de unos instantes, esta fiesta nos ha traído a la Casa Madre de nuestras carmelitas de Orihuela.

He podido asomarme, con ocasión de preparar esta homilía, al itinerario histórico de nuestras carmelitas, también a los rasgos biográficos de Madre Elisea. Verdaderamente un itinerario complejo, pero en el que se entrevé la mano de la Providencia. Especialmente desde los tiempos de Caudete y desde las intervenciones decisivas de mi predecesor el Obispo, hijo de Mallorca, D. Juan Maura, y la expansión de la Congregación desde esta Casa, nuestras Hermanas de la Virgen María del Monte Carmelo han estado unidas a nuestra Diócesis. Desde esa unión y desde esa historia, deseo daros las gracias por todos vuestros servicios; y pido a todos que elevemos nuestra acción de gracias a Dios, Nuestro Señor, en esta Eucaristía, pidiendo por todas las Casas de la Congregación, por todas las hermanas y sus Obras, desde su servicio a los más necesitados en el carisma propio y común a la gran familia carmelitana.

Que el ejemplo de Madre Elisea, recientemente declarada Venerable y cuyos restos aquí descansan, os siga iluminando. Que el amor a nuestra Madre, a quien hoy veneramos especialmente en su advocación del Carmen, del Monte Carmelo, sea siempre la fortaleza y el consuelo de cuantos hoy con viva devoción la celebramos. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.